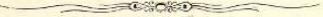


El Señor, después de haberles hablado de esa manera, los condujo fuera de la ciudad, hacia la parte de Bethania, y allí, con aquellas sagradas y santísimas manos que habían sido traspasadas por los clavos, les dió la bendición, elevándose entretanto al cielo, quedándose ellos mirándole hasta que una nube le ocultó á sus ojos. Mas como, aún después de oculto Jesús por la interposición de la nube, se quedasen ellos con su vista dirigida hacia el cielo, se aparecieron dos hombres (ángeles) vestidos de blanco que les dijeron: «¿Qué estáis mirando de esa manera? Este Jesús, que en este momento ante vuestra presencia sube al cielo, vendrá de allí algún día del mismo modo que vosotros le habéis visto subir.»



TERCERA PARTE

JESUCRISTO CONTINUADO

EN LA IGLESIA

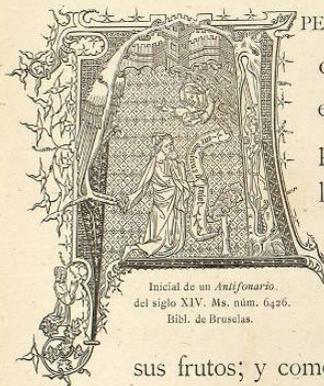


I

JESUCRISTO EN LA HISTORIA

EN LA LITERATURA Y EN LA CIENCIA

LA FIESTA DE PENTECOSTÉS.—LOS APÓSTOLES: PEDRO



Inicial de un Antifonario
del siglo XIV. Ms. núm. 6426.
Bibl. de Bruselas.

PENAS habían trascurrido cincuenta días desde que Jesucristo había sido clavado en la cruz, y el día quincuagésimo después de la Pascua celebraban los judíos la promulgación de la Ley, que tuvo lugar á los cincuenta días de la salida de Egipto. Durante esa festividad ofrecían á Jehovah las primicias de sus frutos; y como el día de esa festividad era el décimo después de la Ascensión del Señor, los fieles que Él había dejado en la tierra estaban esperando el cumplimiento de sus promesas.

Se hallaban reunidos con ese fin, y repentinamente se oyó un ruido como de un viento impetuoso que bajaba de lo alto, y en el mismo instante aparecieron llamas de fuego, que se dividieron en forma de lenguas, y se detenían sobre la cabeza de cada uno, aún de las mismas mujeres que allí había, y todos se llenaron de los dones y gracias del Espíritu Santo. Juan Bautista había ya anunciado este bautismo de fuego. Mientras que los judíos, ya indignos por su obstinación, celebraban la fiesta de la Ley antigua, fué promulgada solemnemente la Ley nueva, en virtud de la cual Dios ha ensanchado los dominios del hombre, y le ha dado nuevas tierras y horizontes, y le ha declarado que quiere todavía otros frutos más copiosos y abundantes, cuyos obreros, encargados de producirlos y recogerlos, serían formados por la eficacia y virtud del mismo Espíritu Santo.

Al momento comprendieron los Apóstoles que su deber era dirigirse al género humano, y con ese fin principiaron á expresarse en diferentes lenguas, conforme les inspiraba el Santo Espíritu, cuyo prodigioso milagro atrajo alrededor de ellos multitud de judíos de todas las partes, que llenaban la ciudad, admirándose cada uno de ellos al oírles hablar; y algunos, procedentes de Judea, rehusando creer el milagro, tuvieron por embriagados á los Apóstoles.

Entonces Pedro, puesto de pié en medio de los once miembros del Apostolado, sintiéndose transformado en otro hombre, dijo: «Vosotros os acordáis de Jesús de Nazaret y de los mila-

gros que Dios ha obrado por medio de Él entre vosotros. Ha sido entregado, y vosotros le habéis quitado la vida; pero Dios le ha resucitado, y nosotros somos testigos de su resurrección. Ahora bien; después que Él se elevó al cielo y recibió la promesa que el Padre le había hecho de enviar el Espíritu Santo, Él ha derramado este Espíritu Santo que vosotros oís ahora. ¡Oh pueblo de Israel, conoce y mira que Dios ha hecho Señor y Cristo á este Jesús que tú has crucificado!»

Así habló Pedro en presencia de los sacerdotes, de los escribas, de los fariseos y del pueblo, cuando aún no se habían pasado dos meses después de la muerte de Jesucristo; y esa es la primera forma ó paráfrasis del Credo, que en lo sucesivo resonaría sin obstáculo por todo el mundo y que había de cambiar sus ideas é influir poderosamente en su civilización y en sus costumbres.

De entre los que oyeron á Pedro, muchos dijeron á los Apóstoles: «Hermanos nuestros, ¿qué es lo que nosotros debemos hacer?» Pedro les contestó: «Haced penitencia, y que cada uno de vosotros sea bautizado en nombre de Jesucristo para la remisión de los pecados, y así recibiréis el Espíritu Santo, porque la promesa ha sido hecha á vosotros, á vuestros hijos y á todos aquellos que están alejados hasta que el Señor los llame.»

Este día recibieron el bautismo cerca de tres mil, y esa fué la pesca y el primer lance de la red del pescador de hombres; y

estos nuevos discípulos de Cristo, que todos los días se aumentaban, estaban unidos por una gran caridad.

Los Apóstoles hacían numerosos milagros; un día que Pedro y Juan vieron á la puerta del Templo un enfermo, parálitico desde su nacimiento, que les pidió limosna, dijo Pedro: «Yo no tengo oro ni plata, pero doy lo que tengo. En nombre de Jesús Nazareno, levántate y anda.» Al mismo tiempo le cogió Pedro de la mano, y el tullido, andando con gran alegría, los acompañó y entró con ellos en el Templo. Tenía ese hombre más de cuarenta años y era conocido de todos; por lo que, al tener noticia de su curación, una inmensa multitud de gente se agrupó alrededor de los Apóstoles, y Pedro, aprovechando esa ocasión, dijo: «¿Por qué razón nos admiráis, como si por nosotros mismos hubiéramos hecho andar á ese enfermo? El Dios de nuestros padres glorifica á su Hijo Jesús, á quien vosotros habéis negado y acusado delante de Pilatos, cuando este juez creía que debía ser absuelto y puesto en libertad. Habéis negado al Santo y al Justo, y habéis preferido que se librase un homicida. Habéis hecho morir al Autor de la vida; pero Dios le ha resucitado, y nosotros somos testigos de ello. Él es el que, por la fe en el nombre de Jesús, ha curado los pies de ese hombre.»

El Apóstol, atribuyendo á la ignorancia el crimen que habían cometido, les estrechaba á recibir la fe, puesto que era á ellos á quienes primeramente había Dios enviado su Hijo.

En tanto que Pedro predicaba, los sacerdotes y guardas del Templo, enfurecidos por oírle anunciar la resurrección, se echa-

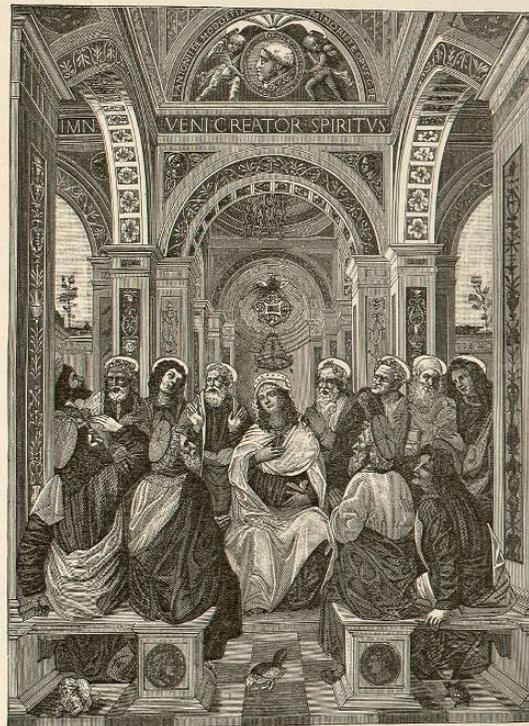


Lámina 113.—La Venida del Espíritu Santo.—Miniatura de la escuela de Leonardo de Vinci, que data del siglo XVI, y se conserva en la Biblioteca imperial de Viena.

ron sobre él y sobre Juan y los llevaron presos. Hasta aquel momento, los enemigos de Jesús evitaron perseguir á sus discípulos; porque temían despertar así el recuerdo de su Maestro,

creyendo que triunfarían más fácilmente y que se les daría á ellos la razón empleando el silencio y el olvido; pero les movió á cambiar de parecer lo que sucedió el día de la Pascua, el nuevo milagro del paralítico, la segunda predicación en el Templo, y, sobre todo, las disposiciones que veían en la multitud para recibir la nueva doctrina.

Pedro y Juan, conducidos á la cárcel, tuvieron que salir de ella al día siguiente para comparecer ante el tribunal que había juzgado al Salvador y que estaba presidido por Anás y Caifás, los cuales preguntaron á los dos ilustres y esclarecidos prisioneros con qué autoridad y en nombre de quién habían curado al tullido. Pedro contestó : «En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, á quien vosotros crucificasteis y á quien Dios ha resucitado de entre los muertos, porque la salud no puede venir más que de Él, y porque Dios no ha concedido á ninguno más que á Él para que en su nombre podamos ser salvos.»

Al oír tal respuesta, los jueces de Jesucristo se vieron desconcertados, porque ni podían negar el milagro, ni querían rendirse á él. El silencio les parecía aún el mejor partido que podía tomarse. Pensando que unos hombres ignorantes y oscuros, como eran los dos discípulos, no podrían resistir á las amenazas, les prohibieron con penas las más severas que en lo sucesivo enseñasen y hablasen en nombre de Jesucristo, de cualquiera manera que fuese; pero Pedro y Juan replicaron : « Juzgad vosotros mismos si es justo obedeceros antes que á Dios. Por lo

que á nosotros toca, no sabríamos cómo callar las cosas que hemos visto y oído. » Palabras admirables que pueden contarse en el número de las que han salvado siempre la conciencia humana y la han librado de la opresión.

Los jueces, repitiendo sus amenazas, dejaron marchar á esos dos discípulos obstinados. Ese fué el éxito del primer proceso á que la Iglesia se vió sometida. En ella se celebra ese feliz suceso con un cántico en donde resplandecen la poesía y el entusiasmo de un mundo nuevo, iluminado por el Evangelio. Si se recuerda lo que entonces se cantaba entre los hombres, se admirará la generación victoriosa que acababa de nacer en el Calvario.

Todos los discípulos, con el mismo espíritu, levantando la voz á Dios, dijeron : « Señor, tú eres el que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. Que en Espíritu Santo, por boca de nuestro padre David, tu siervo, dijiste : ¿Por qué bramaron las gentes y los pueblos pensaron cosas vanas? Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se juntaron en uno contra el Señor y contra su Cristo. Porque verdaderamente se ligaron á una en esta ciudad contra tu Santo Hijo Jesús, al que ungiste, Herodes y Poncio Pilatos con los gentiles y con los pueblos de Israel, para hacer lo que tu mano y tu consejo decretaron que se hiciese. Y ahora, Señor, pon los ojos en sus amenazas, y concede á tus siervos que con toda libertad hablen tu palabra, extendiendo tu mano á sanar las enfermedades

y á que se hagan maravillas y prodigios en el nombre de tu Santo Hijo Jesús.»

Después que ellos hicieron esa plegaria, principió á temblar la casa en que estaban reunidos, cuya prueba la permitió Dios para manifestarles que estaba con ellos y que podía derribar á los judíos y trastornar la tierra. Los Apóstoles, llenos del Espíritu Santo, continuaron predicando con valor y como si nada tuvieran que temer; y cerca de cinco mil personas se bautizaron después de esa segunda predicación.

Pedro era, no solamente el jefe espiritual, sino también el juez, y en cierta manera el rey de esta nueva nación; y su autoridad estaba confirmada por milagros sin número, pues se colocaban los enfermos en la calle, y al pasar él, sólo con su sombra quedaban curados. En vista de esos prodigios, los príncipes de los sacerdotes y todo el partido de los incrédulos vieron que era preciso adoptar otras medidas para sofocar la secta de Jesús, y, por consiguiente, acordaron que los Apóstoles fueran nuevamente constituídos en prisión. Cuando ya estaban en ella, se les apareció un ángel que les abrió las puertas de la cárcel y les dijo: «Marchad y predicad libremente.»

Al día siguiente, cuando se abrió el Templo, al momento se pusieron á predicar en la galería de Salomón, donde ellos habían estado presos después de la curación del paralítico. Á la sazón los jueces se hallaban en sesión, y se les anunció que, estando todo ordenado y bien guardado en la cárcel, las puertas

cerradas, los carceleros en su puesto, los prisioneros no estaban ya en ella; y su asombro fué mayor cuando supieron que aquellos que buscaban estaban predicando libremente bajo las galerías del Templo. Dieron órdenes para que se los condujera ante el tribunal, pero sin inferirles violencia ni maltratarlos por temor del pueblo.

El gran sacerdote les preguntó cómo se atrevían aún á pronunciar aquel nombre (el de Jesús) después de las prohibiciones que se les habían hecho: «Vosotros, añadió, habéis llenado á Jerusalén de vuestra doctrina, y queréis que nosotros seamos responsables de la muerte de *ese hombre*.» Pedro y los Apóstoles respondieron: «Es necesario obedecer á Dios. El Dios de nuestros padres ha resucitado á Jesús, que vosotros habéis clavado en la cruz. Él es el Príncipe que Dios ha elevado para dar á Israel la penitencia y el perdón de los pecados; y el Espíritu Santo, que Dios ha dado á los que le obedecen, es testigo de ello con nosotros.»

Los jueces estudiaban el modo de quitarles la vida; un doctor fariseo muy respetable, llamado Gamaliel, que explicaba las Escrituras y que después se convirtió, los persuadió que debían esperar todavía, porque si la obra de esos hombres, decía él, tiene su origen en ellos mismos, por sí misma perecerá; y si viene de Dios, entonces, por más que vosotros hagáis, no podréis destruirla, y, por lo que pueda haber de cierto, debéis temer el oponeros á Dios.

Semejante argumentación sólo podía hacerse en el consejo que había condenado á Jesús, donde servía de burla á la mayo-

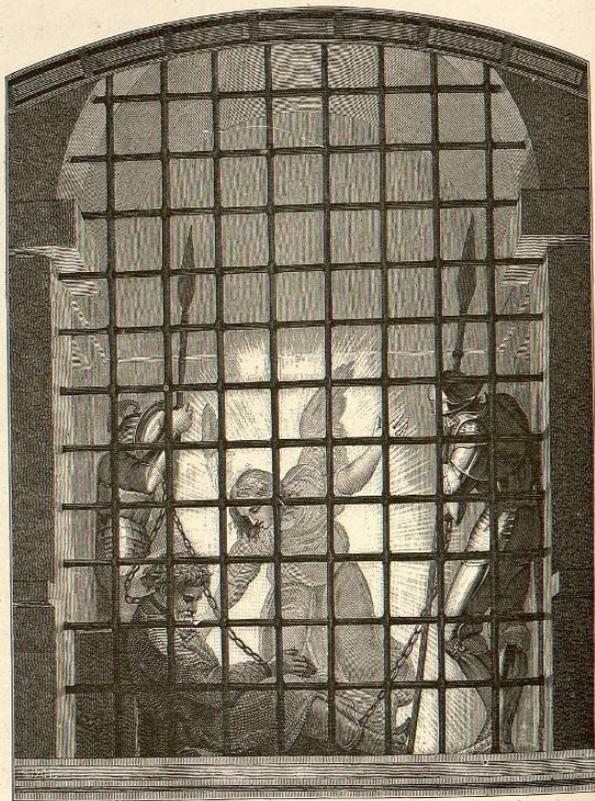


Lámina 114.—San Pedro es librado de la cárcel por un ángel.—Pintura al fresco de Rafael que se halla en el Vaticano, y data del siglo XVI.

ría bajo la presidencia de Caifás. Sin embargo de eso, el consejo acordó que fuesen azotados los Apóstoles, y se les reiteró la

prohibición de hablar de manera alguna en el nombre de Jesús; pero los Apóstoles, muy contentos de haber sufrido oprobios por el nombre de su Maestro, continuaron predicándole y anunciándole en el Templo y por todas partes; de donde resultó que las conversiones fueron más abundantes, si bien la persecución tomó un carácter más cruel y violento y se organizó de un modo formidable.

Después de la Ascensión del Señor á los cielos se completó el número doce de los Apóstoles con la elección de Matías, designado por la suerte para reemplazar á Judas Iscariote; y más tarde, á fin de descargarse los Apóstoles del trabajo material del colegio apostólico, instituyeron siete diáconos, elegidos de entre los discipulos. El primer diácono, llamado Esteban, había estudiado bajo la enseñanza de Gamaliel.

Era Esteban un hombre lleno de fe, de ciencia y de valor, y hacía muchos milagros. Los judíos griegos, habiendo tenido con él controversias públicas, cuyo resultado no fué según ellos deseaban, le acusaron de blasfemo y le llevaron atado delante del consejo, en donde presentaron contra él testigos falsos. Luégo que los jueces le tuvieron en su presencia, vieron su mirada viva y penetrante como la de un ángel, y el gran sacerdote le preguntó. Esteban se defendió, siendo su discurso una obra maestra de sabiduría y erudición. Demostró que los judíos habían perseguido siempre á los Profetas, y que, guiados del mal espíritu de sus padres, acababan de quitar la vida á Aquel

que los Profetas habían anunciado, al Mesías prefigurado por Moisés. Ese discurso hizo comprender á los jueces que la recta inteligencia de las Escrituras había faltado ya de sus cátedras y que se había pasado á los discípulos de Jesús; por lo que se llenaron de cólera. Pero en tanto que ellos rechinaban sus dientes contra Esteban, este esclarecido discípulo é hijo de la fe, levantando sus ojos, exclamó : «Veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está de pié á la diestra de Dios.»

Entonces los miembros del consejo, dando grandes gritos, le sacaron atado fuera de la ciudad para apedrearle. Conforme á la ley, los testigos debían arrojar sobre él la primera piedra; y ellos, para atestiguar que ejecutaban la sentencia, pusieron los vestidos del inocente á los piés de un doctor todavía joven, discípulo de Gamaliel, que estaba allí presente, como delegado de los jueces del Sanhedrín. Mientras que Esteban era apedreado, decía : «¡Jesús, Señor, recibid mi espíritu!» Y poniéndose de rodillas, continuaba su plegaria en estos términos : «¡Señor, no les imputéis á pecado lo que hacen conmigo!» Y al pronunciar esas palabras, murió. Es Esteban el primer mártir y el primero que en este mundo tuvo la dicha de ver en sí cumplida la primera promesa que había sido hecha por Jesús á sus discípulos cuando les dijo : «Vosotros veréis el cielo abierto.»

Podían los judíos lisonjearse de su nuevo crimen diciendo que por lo ménos *la secta* (así llamaban á la sociedad de los primeros fieles católicos) no podría reemplazar fácilmente el

hombre lleno de ciencia, de valor y de elocuencia, que la habían quitado martirizándole; pero, al pensar así, ignoraban los desig-



Lámina 115.—San Esteban llevando las piedras de su martirio.—Grabado de Martin Schoen que data del siglo XVI, y se encuentra en la Biblioteca de M. Ambrosio Firmin-Didot.

nios de la omnipotencia de Dios. Ya había nacido entonces el sucesor valeroso de Esteban; y no sólo había nacido, sino que estaba presente en el acto mismo del martirio. Tal era el joven

doctor á cuyos piés habían puesto los verdugos el vestido del mártir, y que había consentido y aprobado la muerte de éste. Entonces se llamaba Saulo, y más tarde se llamaría Pablo, á quien todas las lenguas, y razas, y pueblos conocerían y denominarían con el excelente nombre de Apóstol.

El martirio de San Esteban fué la señal de una gran persecución contra los cristianos; y en ella no permaneció Saulo inactivo, sino que, al contrario, *hacia grandes estragos en la Iglesia, entrando en las casas y llevando por la fuerza prisioneros á los hombres y á las mujeres.*

Todos los discípulos se dispersaron; pero los Apóstoles, aunque corrían más peligro, obedecieron los mandatos del Señor, y permanecieron en Jerusalén. La dispersión y la persecución dieron los resultados que ya está el mundo acostumbrado á verlas producir; y con ocasión de ellas, el Evangelio se propagó más rápidamente por las ciudades y provincias, habiendo sido la de Samaria la primera que sacó frutos de él. El diácono Felipe, siguiendo el ejemplo de su divino Maestro, traspasó las fronteras de la nacionalidad judía, y recogió en donde había sembrado Jesús. San Pedro y San Juan, unidos por el suave vínculo de la caridad, vinieron de Jerusalén, en nombre del colegio apostólico, para administrar la confirmación y comunicar los dones del Espíritu Santo á los fieles que Felipe había bautizado. Allí fué donde se manifestó el primer hereje, casi al mismo tiempo en que fué coronado el primer mártir.

Había allí un samaritano, llamado Simón, que traficaba con la magia y superchería, el cual, viendo los milagros que hacía Felipe, había pedido y recibido el sacramento del bautismo. Cuando él mismo fué testigo de las nuevas gracias y favores que seguían á la imposición de las manos, ofreció dinero á los Apóstoles porque le otorgasen la facultad de poder conceder el Espíritu Santo, y Pedro le dijo : «Que tu dinero te sirva para tu perdición, por haber creído que pueden comprarse con oro los dones de Dios. Tú no tienes nada que pedir en esta obra, porque tu corazón no es recto. Haz penitencia por tu impiedad, y tal vez Dios te perdone.» Simón, asustado, suplicó á los Apóstoles que intercediesen por él; pero permaneció obstinado en su delito, buscando todavía el modo de comprar el dón de Dios, ó fingiendo que le había conseguido, para después venderle, dejando así expresado el carácter principal de la herejía.

Los que habían sido bautizados en Samaria, en su mitad judíos, eran las primicias de una conquista mucho más grande, que seguidamente debía emprenderse por el Evangelio. Los Profetas habían ya anunciado que el reino de Dios sería abierto aún á los mismos paganos, y Jesús había también pronunciado estas palabras : «Enseñad á todas las naciones y bautizadlas.» Humanamente parecía imposible la vocación de los paganos sin imponerles al mismo tiempo todas las observancias del judaísmo, ó sin excluir á todos los judíos en el mismo acto de llamar á los paganos. Hasta entonces sólo se había predicado el Evangelio

á los hijos de Abraham, y eran los que le abrazaban con más fervor. Ellos se desentendían de algunas prácticas de los fariseos, y se atenían más á la letra de la Ley, no teniendo ni la más remota idea de que la circuncisión pudiese ser abolida. En su criterio, todo hombre incircunciso estaba impuro, y, por lo tanto, no se debía ni comer, ni beber, ni tener con él ninguna intimidad. ¿Cómo era posible quitar esa barrera de separación? ¿Cómo imponer á los gentiles la circuncisión y la privación de los alimentos declarados impuros? ¿Cómo admitir en la Iglesia, compuesta únicamente de fieles judíos, á unos hombres con cuyo contacto se reputarían ellos manchados? Era necesaria, para eso, una revelación divina, y Dios, que no falta en lo necesario, se la concedió á Pedro.

Había en Cesárea un capitán de la compañía itálica llamado Cornelio, el cual era hombre honrado; y, aunque incircunciso, se había hecho judío, como otros muchos, de la manera que podía serlo, porque el culto de Israel al ménos daba al corazón alguna cosa que llenase en parte su aspiración. Hacía él su oración, daba limosna, tenía temor de Dios, y toda su familia seguía su ejemplo y era como él. Se le apareció un ángel que le dijo: «Tus oraciones y tus limosnas han subido delante de Dios. Envía á la ciudad de Jope, y haz venir de allí á Simón, que por sobrenombre se llama Pedro, el cual está hospedado en casa del curtidor Simón; él te dirá todo lo que tú tienes que hacer.» Al momento Cornelio envió recado á Jope.

Al siguiente día, en los momentos que subía Pedro á la azotea ó terraza de su casa para hacer oración, llegaban ya cerca de Jope los enviados de Cornelio. Después de orar pidió Pedro de comer, y mientras que se le servía la comida, fué arrebatado de un éxtasis, durante el cual vió el cielo abierto y un gran mantel atado por las cuatro puntas, formando una especie de vaso, que bajaba del cielo hacia la tierra y contenía toda especie de animales, entre los cuales había también de los impuros y prohibidos por la Ley; y al mismo tiempo oyó el Apóstol una voz que le decía: «Pedro, levántate, mata y come.» Y él respondió: «No, Señor, porque yo no he comido jamás cosa impura.» La voz continuó diciendo: «No llames tú impuro aquello que Dios ha purificado.» La visión se repitió tres veces, y después el lienzo se volvió al cielo.

Esos animales impuros y salvajes eran figura de los paganos, manchados de impurezas y dominados de todas las pasiones brutales; y parecía que bajaban del cielo, porque la divina elección se los había dado á Pedro, á fin de que los admitiera en la Iglesia. *Mata y come*, que es como si le dijera al Apóstol: Procura hacer que mueran al hombre viejo del pecado, é incorpóralos á la unidad de tu rebaño.

Pedro no comprendió inmediatamente la significación de esa visión; y mientras estaba reflexionando sobre el sentido de la misma, llegaron los enviados de Cornelio y tocaron á la puerta, habiéndole dicho al mismo tiempo el divino Espíritu:

«Marcha sin temor con estos hombres, porque soy yo el que los ha enviado.» Recibidos por Pedro, los siguió después, convertido en un siervo de los siervos de Dios, acompañándole también algunos hermanos en el apostolado, porque Pedro no viaja solo ni obra sin testigos, para que todo lo que haga y diga, en su calidad de Jefe supremo de la Iglesia, sirva de instrucción y de ejemplo al mundo. Cornelio le estaba esperando, y al momento que le vió se arrojó á sus piés. Pedro le mandó levantarse, y entró en su casa. «Tú sabes, le dijo á Cornelio, cuánto aborrecen los judíos el tener trato y comunicación con los extranjeros; pero Dios me ha declarado que yo no debo considerar como impuro á ningún hombre. Dame á conocer lo que tú quieres de mí.»

Rodeado Cornelio de sus parientes y amigos más leales, refirió lo que le había dicho el ángel, y añadió : «Aquí estamos delante de ti para escuchar lo que el Señor te ha mandado que nos digas.»

Pedro, admirando la gracia que Dios había hecho á los hombres anunciándoles la paz por Jesucristo, Señor y Salvador de todos, principió desde luego á instruir á todos aquellos gentiles que tan milagrosamente habían sido llamados; y durante su instrucción bajó visiblemente el Espíritu Santo sobre todos los que le escuchaban; y éstos, con gran sorpresa de los fieles circuncidados, se pusieron á hablar diferentes lenguas y á glorificar á Dios. Entonces Pedro dijo á sus compañeros : «¿Quién

podrá negar el bautismo á los que han recibido el Espíritu Santo?» Y seguidamente mandó que fueran bautizados en nombre de Jesús nuestro Señor.

Al volver á Jerusalén tuvo Pedro que sufrir algunas contradicciones de parte de los judíos por haber estado y comido en casa de los incircuncisos, pues él contó todo lo que había sucedido, y además añadió : «Cuando yo vi que el Espíritu Santo bajaba sobre los gentiles, de la misma manera que al principio había bajado sobre nosotros, me acordé de estas palabras del Señor : *Juan ha bautizado en el agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo.* Por tanto, después que Dios les ha concedido la misma gracia que á nosotros, ¿quién soy yo para oponerme á Dios?» Estas expresiones y la notoria autoridad de Pedro, que había recibido las llaves para cerrar y para abrir, apaciguaron la inquietud y disiparon los escrúpulos de los judíos; y los mismos que habían murmurado concibieron después una santa alegría y dijeron : «¡Que Dios sea glorificado! ¡Él ha dado también á los extranjeros la gracia de la penitencia para que tengan vida!»

El muro de separación principiaba ya á caerse, y Pedro, que había sido elegido para darle el primer golpe, había abierto una gran brecha, estando también ya en las manos de Jesucristo el ariete que había de acabar de demolerle.